

Entre la radicalidad y la ambigüedad: apuntes sobre el discurso antiaprista en los años treinta

Emilio Candela
Pontificia Universidad Católica del Perú

Palabras clave: aprismo, política Perú siglo XX, Víctor Raúl Haya de la Torre, partidos políticos peruanos, Perú 1930-1945, discursos políticos, antiaprismo

Resumen:

La política peruana ha estado marcada desde 1930 por la presencia del Partido Aprista Peruano, el cual influyó en una serie de hechos que delinearon el rumbo de nuestra historia política contemporánea. Uno de esos hechos fue la aparición de un fuerte discurso antiaprista, el cual sirvió para justificar la inicial represión y críticas que padeció este movimiento. En este trabajo presentamos un análisis preliminar del origen y principales características de ese discurso. Basándonos en hechos y en la coyuntura de la década de 1930, llegamos a la conclusión de que este primer antiaprismo fue básicamente ideológico, tanto de los sectores de izquierda como de la oligarquía del país. El principal elemento que se tomó en cuenta para el desarrollo del antiaprismo fue la doctrina aprista, la cual fue sindicada como el fundamento de los diversos acontecimientos políticos que marcaron el accionar del partido de Haya de la Torre en esta convulsa década.

El presente artículo abordará el tema del origen de uno de los principales discursos políticos que surgió en el Perú en los años treinta, y que mantuvo un lugar expectante en la política peruana por varias décadas más: el antiaprismo. En un contexto de crisis política, económica y social, como fue el que se gestó tras el fin del Oncenio, apareció un nuevo partido con una propuesta radicalmente renovadora, al mismo tiempo que la tradicional clase política peruana, es decir el civilismo, retornaba a ocupar lugares de primer orden después del colapso que sufrió durante el gobierno de Leguía. De esta manera, se enfrentaron las viejas maneras de ver la política con las ideas novedosas y polémicas de un grupo de jóvenes que luchaban por implantar la justicia social en el país. Por este hecho fundamental de nuestra historia política, a inicios de los años treinta surgieron, de manera casi paralela, el discurso aprista y el antiaprista, lo que se tradujo en una violenta confrontación que derivó en insurrecciones, asesinatos políticos y persecuciones por más de una década.

Este trabajo buscará explicar las principales características del discurso antiaprista para entender el porqué de este conflicto político, y llegará a la conclusión de que en esta etapa inicial del partido aprista se gestó un antiaprismo ideológico tanto de derecha como de izquierda. En el primer caso, porque para la oligarquía del país el discurso aprista, que enfatizaba la captura y transformación del Estado, estaba íntimamente ligado con sus

acciones violentas, por lo que la solución no estaba solo en reprimir a los miembros de esta organización, sino en extirpar la ideología que incentivaba y promovía su accionar. En tanto que para la izquierda peruana el carácter policlasista de la organización será el motivo fundamental de distanciamiento ideológico —además de otros factores coyunturales—; aunque a partir de 1935 esta situación variará con la adopción de la táctica de los frentes populares para enfrentar la amenaza del nazi-fascismo.

Para desarrollar estas ideas, dividiremos el trabajo en dos partes: la primera se referirá al discurso aprista y sus principales características en los inicios de la década de 1930; en tanto que la segunda abordará los antecedentes del antiaprismo, en los años veinte, y su consolidación en la convulsa etapa 1930-1933. Así, intentaremos precisar algunos puntos que nos permitan entender el inicio de un conflicto político que marcará la política peruana por el resto del siglo XX.

Antes de detallar las principales características y la evolución de este movimiento político, es importante precisar qué elementos distinguen a los partidos de masas. Según Pablo Oñate,¹ esta clase de partidos basa su fuerza en la cantidad de sus miembros y deja de lado el criterio de calidad. Esto quiere decir que mientras en los partidos de elites de inicios del siglo XX importaba el origen y el nivel de los miembros, aunque el número fuera reducido; en los partidos de masas se privilegia la cantidad de adherentes sin considerar su origen o nivel social y cultural. Por ello, la estructura organizativa de estos movimientos será mucho más compleja ya que el número de sus miembros es más grande y son más diversos. Otro aspecto esencial en relación con estos movimientos será el rol determinante de la ideología o el discurso ideológico que el partido haya podido delinear; ya que este será el elemento en torno al cual se establezcan las adhesiones al partido. A diferencia de los partidos de elites de las décadas anteriores, en los que bastaba tener una declaración de principios, en los años treinta los partidos intentarán definir una doctrina que se destaque por su singularidad y afinidad total con la realidad nacional. Como consecuencia de ello, surgirá en estos movimientos la necesidad de difundir sus ideas y proyectos políticos a través de una labor de concientización de la población, la cual de esta manera pueda llegar a asumir la doctrina partidaria como una solución integral a los problemas de la sociedad.

Establecidos estos criterios básicos para entender el significado de esta clase de partidos, pasaremos a detallar el caso peruano refiriéndonos al papel que desempeñó en la escena política el Partido Aprista Peruano.

I. El discurso aprista

Pocos días después del derrocamiento de Leguía, en una casa del centro de Lima, se fundaba el 20 de septiembre de 1930 el Partido Aprista Peruano, que era la concreción nacional de la Alianza Popular Revolucionaria Americana creada por Víctor Raúl Haya de la Torre en México en 1924.²

Aunque fundado oficialmente en el Perú en 1930, el aprismo de Haya de la Torre tiene sus orígenes en las actividades que el célebre político trujillano realizó al mando de la Federación de Estudiantes del Perú entre 1920 y 1923. La más célebre fue la experiencia de las Universidades Populares González Prada, es decir, aquel proyecto de constituir centros de formación e instrucción para los obreros, de tal manera que intelectuales y trabajadores pudieran establecer una alianza en beneficio del país. Fue a partir de ese momento que Haya pudo formar la base social de lo que posteriormente será el aprismo, y más aún cuando en 1923 es deportado al oponerse al intento oficialista por consagrar el Perú al Sagrado Corazón de Jesús. Fue a raíz de este hecho que Haya viaja al extranjero, y en mayo de 1924 en México realiza la simbólica fundación del APRA. De esta manera entre 1923 y 1931, los años que estuvo fuera del país, Haya de la Torre sienta las bases ideológicas y programáticas de su movimiento político, tras lo cual retorna al país para iniciar su primera campaña electoral como candidato del recién fundado partido aprista peruano.³

Son básicamente dos los aspectos que deben resaltarse para entender el importante rol que el novel partido empezará a tener en la política del país: su novedoso y radical discurso programático, y la compleja organización que teje por todo el país. De esta manera, tanto el discurso como la praxis políticos de este grupo de jóvenes se verán seriamente cuestionados desde sus inicios por la tradicional clase política peruana que, tras el régimen leguista, quiso volver a tener el predominio sobre los principales problemas nacionales. Así, en medio de la coyuntura electoral de 1931, surge en la política peruana este nuevo grupo formado básicamente por jóvenes intelectuales provincianos y líderes sindicales que traen un novedoso discurso sobre la realidad del país y plantean una serie de ideas renovadoras a la elite política de entonces; tal como lo decía Carlos Manuel Cox en una entrevista de 1930:

Nosotros, los hombres nuevos y jóvenes en política, tenemos una herencia pesada de fracasos, errores y maniobras turbias que suprimir. No solo tenemos que enfrentarnos contra la ineptitud y desorganización, sino contra toda suerte de taras políticas y sociales. Como traemos un programa y principios renovadores el choque tiene que producirse, no diré contra programas y métodos viejos porque jamás lo

tuvieron los viejos políticos (el partido civil por ejemplo nunca exhibió ideas, ni doctrina, ni nada; fue un grupo de hombres que defendía sus privilegios y que usufructuaba el poder, nada más), sino contra las maniobras de la politiquería, el foro corruptor y las brutalidades y arbitrariedades del poder.⁴ (Villanueva, 1985: 118).

Desde un primer momento, el APRA distinguió su programa político por dos características: la crítica directa a los gobiernos oligárquicos que había tenido el país, los cuales eran los responsables del atraso del mismo; y una clara diferenciación respecto del discurso del comunismo.

Por consiguiente, el APRA de los años treinta planteó una visión dual de la sociedad peruana: de un lado las oligarquías aliadas del imperialismo económico, y del otro las clases medias y populares que eran las principales afectadas de esa terrible alianza que había monopolizado el poder político al controlar el Estado. Debido a ello, el problema fundamental del discurso aprista será el fenómeno del imperialismo y cómo controlar su avance en nuestras sociedades. A partir de esta afirmación es posible colegir que la principal misión para el aprismo será la lucha contra el imperialismo en los aspectos políticos y económicos, para lo cual era imprescindible llegar a controlar el Estado ya que este representaba el principal instrumento de dominación de la oligarquía.

Podemos, entonces, precisar que ante este objetivo prioritario de capturar el Estado para hacerlo representativo de las principales mayorías del país, se tejerá el discurso programático del partido de Haya de la Torre. De esta manera surgirán tres conceptos fundamentales para entender la concepción hayista de la lucha política que debía entablarse: el estado antiimperialista, la democracia funcional y el frente de trabajadores manuales e intelectuales.⁵ Ya vimos que el primer concepto era el objetivo político por alcanzar, por lo que nos resta explicar lo que representaban las otras dos ideas. La idea de democracia funcional respondía a la manera como se podía llegar a transformar el Estado; es decir, pasar de la desfasada e inoperante democracia liberal a un sistema en el que se tomara en cuenta no solo la categoría del ciudadano como tal, sino el lugar que tenía como trabajador en la economía del país. Para Haya, política y economía estaban íntimamente relacionadas, por lo que era necesario tomar en cuenta la participación de los hombres en el aparato productivo, y esto los hacía acreedores a una serie de derechos en la toma de decisiones políticas, por cuanto ellos contribuían al crecimiento del país.

El otro concepto, el Frente de Trabajadores Manuales e Intelectuales, nos lleva a pensar en los actores llamados a realizar esta transformación para combatir al imperialismo. Como ya hemos mencionado, Haya de la Torre, desde los años veinte, tendrá muy claro

que los encargados de llevar a cabo esta lucha político-económica debían ser los intelectuales que, de cierta manera, eran los que liderarían el proyecto, junto a los obreros y campesinos. Así, llegamos a la idea de formar un partido policlasista integrado por los sectores perjudicados por el imperialismo, para lograr que estos controlen el Estado y, por consiguiente, este se vuelva representativo de las mayorías nacionales; en pocas palabras, se trataba de democratizar el Estado acabando con la idea de democracia restringida, típica de la república aristocrática. Cabe mencionar que este aspecto es el que marcará una profunda diferenciación entre el discurso aprista y el de la izquierda comunista: mientras los primeros apelaron a la idea de un movimiento formado por diversas clases sociales unidas en su lucha contra el imperialismo; en el otro lado existirá la firme convicción de que solo el sector proletario era el que debía conducir el proceso revolucionario del país.

En cuanto a la organización que el aprismo pondrá en marcha, debemos mencionar que esta estaba estrechamente relacionada con la idea de construir un partido de masas y llegar al poder. Así, se fueron constituyendo múltiples comités en las provincias del país, además de secretarías departamentales y organismos más pequeños: las células.⁶ Fue en estas últimas en las que se realizaba un trabajo de concientización y formación ideológica a través de la lectura de las principales obras en las que se precisaban y definían los principales puntos de la doctrina aprista. De esta manera, el militante debía asimilar estas ideas y difundirlas para hacer llegar el mensaje aprista de construir un nuevo Estado con justicia social y beneficio para las clases productoras. Por ello, era vital tejer una densa y muy bien estructurada organización que permitiera la difusión de estas nuevas ideas, a la vez que se aseguraba la continuidad del partido, sobre todo teniendo en cuenta las duras y extensas etapas de persecuciones que pasarán en estos años. El partido, entonces, se convertirá en el espacio de realización de muchas personas no solo en el aspecto político, sino que, como mencionamos al inicio al hablar de los partidos de masas, será un movimiento que logre abarcar diversas actividades sociales y culturales en las que el militante sentía que estaba formando parte de una nueva familia que le brindaba una identidad y un ideal por el cual combatir y luchar.

Hemos hablado del discurso y la organización apristas como dos elementos renovadores de la política peruana, los cuales causaron temores y resquemores en la oligarquía que empezó a combatir al novel partido fundado por Haya de la Torre. Creo, sin embargo, que fueron los hechos políticos que se dieron a partir de 1931 los que en definitiva marcaron el destino del aprismo como el principal partido del país, a la vez que el más perseguido. Un ejemplo de ello lo vemos en este fragmento de un editorial de la revista Variedades de 1931, publicado en medio de la campaña electoral de ese año:

[...] La otra corriente está formada por los corifeos de una doctrina extremista y malsana, llamada impropriamente APRA, sin sentido político dentro de la vida de una democracia. Esta doctrina corrosiva, que tiene su oscuro raigambre en las estepas moscovitas, pretende con audacia inverosímil la captura del Estado y la disolución de la estructura económica y de la organización social con lo que se pretende nada menos, subvertir nuestro régimen jurídico, político y moral, para establecer absurdas normas de vida, que acarrearían la desgracia, de nuestra nacionalidad, convirtiendo al pueblo en un rebaño de esclavos y de ilotas. Dar paso a semejante pretensión, sería un error funestísimo, que abriría la tumba de nuestra democracia. ("Palabra de orientación y de esperanza", 1931).

De esta manera, aun antes de la realización de las elecciones de 1931, algunos medios periodísticos tenían ya una clara posición frente al APRA: era un movimiento izquierdista que solo traería desorden y destrucción en la vida política nacional. Lamentablemente para los seguidores de Haya de la Torre, los hechos que se sucedieron en los meses siguientes parecieron corroborar aquello.

Tras la asunción de Sánchez Cerro al poder, al ganar las elecciones, el aprismo logró una representación en el Congreso y se convirtió en el principal partido opositor; pero lamentablemente en febrero de 1932 los 27 parlamentarios apristas fueron desaforados en medio de una tensa lucha política entre un gobierno represivo que acusaba al joven partido de querer generar un levantamiento y derrocar al Jefe de Estado, y una minoría organizada que no había asimilado de manera responsable su posición política. Será a partir de este momento que las masas apristas harán notar su presencia con una serie de hechos violentos, el principal de los cuales se dará en Trujillo en julio del mismo año.

Los diversos levantamientos e insurrecciones denotaron que existía en el país un partido organizado, con la suficiente capacidad de generar movimientos con el apoyo de una parte de la población y poner en una situación límite al gobierno. En la historia política del país, si bien habían existido movimientos populares como los de Piérola o Billinghurst, nunca estos estuvieron enmarcados dentro de una estructura partidaria que les diera mayor consistencia en el plano programático y de organización. En otras palabras, en la coyuntura 1931-1933, surgió en el país un movimiento popular con un programa definido, basado en las ideas de Haya de la Torre, y una organización detallada que le dio más fuerza y se convirtió en un peligro real y latente para las elites políticas y económicas del país. Solo así puede entenderse el alto grado de polarización que se generó en esta coyuntura, y que ha motivado que algunos autores hablen de una *cuasi* guerra civil en esos años. Finalmente, a mi entender, esto se explica por la evidente contradicción que se dio en un sistema político como el peruano, acostumbrado a los liderazgos caudillistas sin partidos sólidos, que vio aparecer una opción diferente con un discurso demasiado radical para la época, cargado de

frases que lapidaban a la clase política que había manejado el país por varias décadas. Este partido intentó incorporar de forma parcial las demandas de las masas y, con su accionar, demostró que estas podían tomar la lucha política en sus propias manos originando un enfrentamiento con aquellos que creían tener el derecho de controlar las principales instituciones. Ahora las masas podían intervenir directamente en el proceso político y tenían una expresión partidaria que les daba el apoyo ideológico y logístico necesario para hacer llegar su voz de protesta ante el país.

II. El discurso antiaprista

De manera paralela al surgimiento de la doctrina aprista en la arena política, apareció un discurso que rechazaba los principales postulados de la nueva organización. Fue así que, casi al mismo tiempo que el APRA crecía como un nuevo partido, empezó a generarse un sólido antiapristismo en la política peruana. La coyuntura 1930-1931 fue la que sirvió como el detonante de este sentimiento político, pero hay que retroceder varios años para encontrar los antecedentes de este fenómeno. Concretamente nos referimos a la actuación de Haya de la Torre en la coyuntura nacional entre 1919 y 1923, y su polémica con José Carlos Mariátegui en 1928.

En relación con el primer punto, ya hemos señalado que Haya tuvo una actuación pública destacada a partir de 1919, cuando asumió el mando de la Federación de Estudiantes del Perú. En el contexto del gobierno de Leguía, la figura de Haya empezó a adquirir relevancia, sobre todo a partir de su pública protesta por la Consagración al Sagrado Corazón de Jesús; es decir, fue el principal referente de un acto que iba en contra de una manifestación religiosa típica de la oligarquía peruana. Este hecho fue importante ya que después del largo exilio de ocho años, y cuando Haya ya era el líder del aprismo, un sector significativo de la clase política utilizará la base marxista de su doctrina como un indicador del carácter antirreligioso y anticatólico del APRA. En ese contexto, la actuación de Haya en 1923 servirá como un antecedente no tan lejano de este rechazo a la religión católica. Y, por ello, no es de extrañar que un célebre sacerdote, el padre Rubén Vargas Ugarte, haya escrito en 1934 el panfleto titulado *¿Aprista o católico?*; es decir, plantear como un asunto excluyente la coexistencia de estas categorías.

Pero no solo fue ese acto simbólico la principal contribución de Haya de la Torre en la política peruana de aquellos años; sino un hecho más trascendente e importante para el futuro partido que fundara: las Universidades Populares González Prada. Esta experiencia

educativa fue esencial en la consolidación de los lazos que Haya estableció con la clase obrera, si bien ya desde 1919 el célebre trujillano estuvo muy presente en las luchas de los trabajadores con motivo de la protesta por la jornada de ocho horas. Fue en esta etapa que Haya definió su posición en el escenario peruano al asumir una clara confrontación con el sistema oligárquico que gobernaba el Perú: siendo un abanderado de la reforma universitaria, apoyando las protestas obreras, realizando uno de los más importantes proyectos en beneficio de este sector social —las Universidades Populares— y, finalmente, para sellar la alianza entre intelectuales y obreros, un hecho muy simbólico como la protesta del 23 de mayo de 1923.

De esta manera, podemos ver que entre 1919 y 1923 Haya tuvo una actuación pública enmarcada en la crisis del civilismo político, por lo que a su vuelta en 1931 es fácil entender que esa clase política que retornaba no lo viera con buenos ojos. Por ello, el enfrentamiento entre ambos será directo desde la misma aparición del APRA en el escenario político, y esto se verá reflejado en los principales medios de expresión, como el diario *El Comercio* o la revista *Variedades*, que con motivo de la campaña electoral publicaron sendos editoriales y columnas de opinión en los que manifestaron un fuerte antiaprismo, como en el siguiente fragmento de un editorial del decano de la prensa peruana:

[...] Se explica, pues, que un partido que ha comenzado por sustituir la bandera y el himno patrios, quiera reemplazar, también, el Ejército de la Nación con un ejército propio. Es esta la única forma de convertir al Estado en instrumento de defensa de la doctrina aprista. Dentro de ese Estado, naturalmente, solo podrían vivir los que fueran apristas; es decir, los que observaran, ciegamente, las ideas y los deseos del Jefe y de los órganos ejecutivos de ese partido. (“La Antipatria”, 1931).

Nos resta hablar de la ruptura que Haya tendrá con Mariátegui a partir de 1928, y que será otro de los antecedentes fundamentales para entender el antiaprismo de inicios de los años treinta. Después de salir del país en 1923, Haya viajará a otras naciones de América Latina, como México, y luego a Europa; y será en este tiempo en que irá definiendo su visión de la realidad política y económica del Perú y Latinoamérica. Visitará Gran Bretaña y luego Rusia para ver de cerca la realidad de estos países y comparar esa situación con lo que se vivía en nuestras naciones; llegará a la conclusión de que en Europa no se tenía un correcto diagnóstico o concepción de la realidad de esta parte del mundo. Si bien es cierto Haya era marxista, él era consciente de que esta teoría no podría ser aplicada en Latinoamérica de la misma manera que en Europa pues eran realidades diferentes, y eso es lo que confirmará durante su estadía en el Viejo Continente. En 1927 asistió al V Congreso contra el Imperialismo y la Opresión Colonial realizado en Bruselas, organizado por la III

Internacional, en el que compartirá sus experiencias con los principales miembros de los partidos comunistas del mundo. Como menciona Jorge Nieto Montesinos en un interesante texto sobre el pensamiento de Haya (Nieto, 2000: 9-46), fue en este evento donde el fundador del aprismo sufrió una gran decepción del comunismo organizado, ya que en ningún momento hubo una referencia directa a nuestra región, y solo se la incluía de manera general en la llamada “cuestión de oriente”. Por ello, a partir de ese momento empezará el distanciamiento ideológico entre la doctrina hayista y las ideas del comunismo oficial, lo que se verá inmediatamente traducido en sus relaciones con los socialistas peruanos como Mariátegui.

Así, en 1928 se inicia la famosa polémica entre estos insignes pensadores, el detonante de ello fue la aparición del Plan de México y la formación del Partido Nacionalista Libertador (PNL) por parte de Haya, con el objetivo de participar en el proceso electoral que se avecinaba en 1929. Esta nueva agrupación tendría como principal misión capturar el poder y aplicar los postulados apristas, todo bajo la jefatura de Víctor Raúl Haya de la Torre. Apenas llegó esta noticia a nuestro país, Mariátegui y el grupo que lo secundaba, llamado el *grupo de Lima*, manifestaron su oposición al considerar que era necesaria la conformación de una alianza entre los diversos sectores y agrupaciones que defendían la causa proletaria; pero no la creación de un partido caudillista. Además, se criticaba el que en todo el *Plan de México* no se mencionara la palabra *socialismo*, ni se planteaba la revolución socialista; esto debido a que, ya para 1928, Haya tenía muy en claro que el principal objetivo debía ser el control del imperialismo tratando de aprovechar los aspectos positivos de este. Por ello, el principal instrumento de este cambio debía ser el Estado Antiimperialista, cuyo objetivo era la concreción de un capitalismo de estado, el cual debía ser liderado por las clases medias que tenían una mayor preparación que los sectores obreros y campesinos.

Lógicamente, esta visión contradecía muchos de los principios del grupo de Mariátegui, por lo que ese mismo año se funda el Partido Socialista y se concreta la total división de los sectores antioligárquicos del país. Se produjo así un fenómeno irónico de nuestra política: el nacionalista Haya era acusado de ser un “internacionalista” por los socialistas que apelaban a la creación de una alianza de movimientos peruanos y no una organización continental como era el APRA en ese momento; mientras que el “europeísta” Mariátegui era acusado por los apristas de no querer cooperar con los hermanos latinoamericanos por su cerrazón ideológica, y de esta manera frustrar la revolución antiimperialista continental. Creemos, finalmente, que detrás de las diferencias ideológicas y políticas, existían dos personas de distinto carácter. Mientras Haya era un hombre

entregado a la actividad partidaria y la conducción de las masas, Mariátegui era ante todo un intelectual y pensador que dedicó la mayor parte de su vida a encontrar los fundamentos para la construcción de un socialismo peruano. A continuación, veremos cómo se consolidó este discurso antiaprlista en la coyuntura de crisis política de los años treinta.

En 1931 se vivió un intenso año político con el surgimiento de dos agrupaciones políticas de masas en la coyuntura electoral: la Unión Revolucionaria y el Partido Aprista.⁷ En agosto, tras ocho años, Haya de la Torre volvió al país para iniciar su campaña electoral. Unos días después, el 23 de ese mes, se produjo el primer gran encuentro del líder aprista con sus simpatizantes en la Plaza de Toros de Acho, donde se expuso el programa mínimo que el Comité Ejecutivo del Partido había redactado. Este encuentro causó preocupación en la oligarquía peruana, ya que hubo una gran cantidad de asistentes simpatizantes y, sobre todo, una gran organización, lo que demostraba que se trataba de un partido distinto en nuestra política criolla.

La campaña se caracterizó por gestarse un escenario polarizado en torno a las figuras de Haya y Sánchez Cerro, con acusaciones de ambas partes. El aprismo fue tildado de ser una continuación del leguismo, solo que con un discurso distinto; en tanto que los apristas acusaban a Sánchez Cerro de haber sido captado por el viejo civilismo que había retornado tras la caída de Leguía. Este fue el pretexto que utilizaron para condenar la candidatura del comandante piurano, tratando de presentarlo como una continuidad del viejo civilismo; además de rechazar la posibilidad de que el ejército pudiera gobernar el país por cuanto eso podía significar el resurgimiento de los viejos caudillismos y tiranías del siglo XIX que habían sido una de las principales causas de nuestro marasmo.⁸ Así lo expresaba *La Tribuna* en su editorial del 22 de agosto de 1931, es decir, a un año del levantamiento de Sánchez Cerro:

En realidad fue el pueblo peruano el que gestó el movimiento contra Leguía. Y no contra Leguía como persona sino contra el sistema que había determinado a un Leguía [...] El pueblo decretó la sublevación de las conciencias, el alzamiento moral contra un régimen repudiable. Creó la atmósfera que hizo imposible la vida política de la tiranía. El ejército, entonces, no hizo sino cumplir el mandato del pueblo. Pero el mandato del pueblo significaba, como hemos dicho, un cambio en el sistema. Nada se obtenía con cambiar un tirano por otro tirano. El Perú aspiraba a libertad, a una organización eficiente de la economía nacional, a sacudirse de los yugos internos y externos que le aherrojaron y oprimieron [...] El pronunciamiento militar realizó un capítulo de la revolución, pero la revolución en su sentido integral, continuó y continúa en marcha. De ahí nace la aspiración de las clases productoras de los hombres nuevos del Perú para formar un Estado distinto del que generó a los tiranos y del que permitió tanta injusticia. Por eso el aprismo ha levantado una bandera de principios y no permite que se intente usufructuar un movimiento para una sola persona. ("22 de agosto de 1931", 1931).

De esta manera, el aprismo se presentó como la nueva opción necesaria para consolidar los cambios estructurales del país; y para ello era un deber primordial el impedir que el civilismo, aliado con el ejército, lograra el control del Estado. En ese sentido, uno de los principales lemas del aprismo en 1931 fue: *Basta ya de partidos históricos*,⁹ lo cual los acercó algo al discurso leguista que criticó duramente a los viejos partidos del siglo XIX.

Así, se fue gestando un antiaprismo en medio de la campaña electoral: se acusó al APRA de ser la continuación del leguismo y de emplear un discurso confrontacional contra los otros sectores políticos. Editoriales, como el referido de *El Comercio* junto con otros medios, criticaron duramente el programa aprista arguyendo un aparente antinacionalismo por tener una bandera y un himno propios, distintos de los nacionales. Fue de esta forma que apareció el antiaprismo en la política peruana, en un contexto de vacío de partidos políticos importantes y representativos, ya que después del Oncenio de Leguía los viejos partidos del siglo XIX habían colapsado.

El aprismo, conformado básicamente por personas jóvenes y con un discurso renovador de nuestras estructuras políticas y económicas, vino a colisionar con las diversas candidaturas que se lanzaron, y que reflejaban los intereses de la vieja clase política que había dejado el poder en 1919. Como bien anota José Raúl Cáceres, en un viejo libro sobre los partidos políticos del Perú, el APRA arremetió contra hombres e instituciones que representaban una fuerte tradición en la política peruana; lo cual trajo como consecuencia que se le endilgaran una serie de conceptos y expresiones acusatorias a su accionar. En pocas palabras, no supieron dosificar su discurso radical de acuerdo con la realidad en la que se desenvolvían.¹⁰

Debido a ello, el caudillo Sánchez Cerro, con su enorme carisma, y su empatía y liderazgo con las masas, se convirtió en la única opción factible de apoyar. De todo esto podemos concluir, entonces, que en la campaña de 1931 surgió un antiaprismo político, por cuanto el principal objetivo era evitar que el nuevo partido llegara al poder. Esta primera etapa finaliza con el triunfo de Sánchez Cerro y el inicio del nuevo gobierno, ya que aparece un nuevo escenario político en el que Haya y su grupo pasarán a tomar el lugar de la oposición. A partir de este momento, el antiaprismo empezará a adquirir un cariz más ideológico, sobre todo con el inicio de las acciones violentistas de parte de algunos miembros y simpatizantes del joven partido.

Si en la etapa anterior se había hecho referencia sobre todo a la actuación de Haya desde su llegada al país, al carácter de su partido y a la juventud de sus miembros, en la

nueva etapa que se abrió en diciembre de 1931, se comenzarán a tomar en cuenta los antecedentes del aprismo, sobre todo su inicial vinculación con el comunismo y la ideología marxista. Fue así que apareció un antiaprismo más ideológico, tanto de parte de la oligarquía como de la izquierda peruana, criticando el discurso de Haya en el primer caso por su radicalidad y en el segundo por su ambigüedad. Algunos aspectos centrales de la doctrina aprista como la captura del Estado para su transformación, la visión dual de la sociedad y su crítica directa de los gobiernos anteriores serán los puntos que más se tomarán en cuenta a la hora de justificar su persecución. Pero fue sobre todo el inicio de los actos violentos de parte de miembros del aprismo, lo que determinó la construcción de la siguiente teoría: asociar el discurso aprista a sus prácticas violentistas, asumiendo que estas se explicaban por las ideas que profesaban; por lo que la solución de este problema no consistía solo en reprimir a los miembros revoltosos del partido sino en extirpar la ideología que incentivaba su accionar. En otras palabras, para las elites políticas y económicas, el aprismo deseaba capturar el Estado de cualquier manera para imponer su ideología de base marxista y así derribar todas las instituciones que existían en el país. A continuación veremos de qué manera se tradujo esa teoría en los hechos.

Como sabemos, tras la derrota frente a Sánchez Cerro, el partido de Haya de la Torre alegó un supuesto fraude y nombró a su líder *presidente moral del país*. Con la promulgación de la Ley de Emergencia y el posterior desaforo de 23 parlamentarios apristas en febrero de 1932, la situación se complicó aún más y el conflicto político se agudizó. De esta manera, en marzo de 1932, se produjo un primer intento de asesinato del presidente y, en los meses siguientes, una serie de hechos violentos coadyuvaron a confirmar la teoría de la oligarquía de que el APRA era una organización que recurriría a cualquier método con el objetivo de llegar al poder. Así, las afirmaciones apristas que planteaban que para lograr la verdadera democracia era necesaria la toma del Estado y el famoso lema *SEASAP* (solo el aprismo salvará al Perú) se convirtieron en argumentos contundentes de la derecha peruana para demostrar que este discurso radical era el verdadero origen de los actos violentos de esos meses. Se había hecho evidente que los enemigos políticos de estos jóvenes seducidos por el marxismo debían ser eliminados, como ocurrió en abril de 1933 con el asesinato del presidente Sánchez Cerro. Por ello se hizo común en la sociedad limeña de aquella época, la idea de que los apristas captaban a jóvenes para seducirlos con sus ideas y envenenarles la mente, tal como lo menciona Armando Villanueva en un reciente libro.¹¹

Pero quizá la mayor demostración de esta conexión entre discurso y praxis se dio con los asesinatos del director del diario *El Comercio*, Antonio Miró Quesada, y su esposa

en mayo de 1935. En días posteriores al nefasto hecho, el decano de la prensa peruana publicó un editorial en el que se decía:

El asesino no es más que un vil instrumento que ha hecho el mal por instigación de otros [...] Este individuo no tiene sino una importancia secundaria [...] tras él estaba y está aún hoy, dedicado a la tarea criminal de trastornar el orden del país, de predicar el odio, de azuzar todo cuanto se esconde de primitivo en el hombre, aquel que tiene la responsabilidad principal de esta tragedia. ("Editorial", 1935).

Es decir, que el autor material del crimen era solo una parte del engranaje, pero no la principal. El principal responsable de esta tragedia era quien había predicado esas ideas que eran, a fin de cuentas, las reales causantes de la ola de violencia política que el país vivía desde 1930. Esto lo expresó claramente el general Óscar Benavides en su último Mensaje a la Nación en diciembre de 1939, cuando dijo:

El año 1930 marca una nueva etapa en nuestra vida republicana, con la aparición del fanatismo sectario. Las luchas adquieren entonces, como consecuencia de ella, y hasta el 30 de abril de 1933, día en que yo asumí el gobierno, una violencia casi permanente y no pocas veces trágica [...] No se trata ya, como antes, de una lucha entre quienes, con ligeras variantes, siguen las mismas directivas nacionales, sino entre quienes defienden la sociedad y quienes están contra ella. La abstención sería suicida porque todos sufrirían las consecuencias, si el desastre llega. A un lado estamos quienes defendemos el orden social existente, vale decir la religión, la propiedad privada, el régimen familiar, el honor y la cultura. Al otro están quienes, en su alocado empeño de trastornarlo todo, pretenden reeditar en nuestro suelo aquellos episodios que ensangrentaron y anarquizaron a nuestros países. La actitud es clara. O con la sociedad o contra la sociedad. O con el Perú o contra el Perú. No hay ni puede haber términos medios, en esa disyuntiva trascendental para la nacionalidad. (Benavides, 1939)

Este fragmento resume de manera clara la esencia del antiaprismo de la oligarquía peruana en los años treinta; es decir, nos muestra los motivos que ella esgrimió para condenar y perseguir al partido mayoritario del país. Era, finalmente, una lucha por preservar la sociedad, la religión, el régimen familiar y la organización política a través de las instituciones del Estado, pues los apristas querían construir un nuevo Estado, pero según las características de su ideología y doctrina. Por ello se decía que buscaban la implantación de un estado aprista, en el cual no habría lugar para los opositores, lo que iba muy de acuerdo con el lema SEASAP. Para la oligarquía, toda reforma social debía realizarse gradualmente dentro de un marco legal y sin atentar contra la estabilidad institucional del país, por lo que debían rechazarse todas aquellas doctrinas que predicaban la lucha de clases y el enfrentamiento entre compatriotas. La familia, la religión, la propiedad privada y la estructura institucional del país debían ser defendidas ante la posibilidad de que un partido como el aprista pudiera poner en práctica sus planteamientos. De ahí que, a lo largo de la década de 1930, el antiaprismo fuera ante todo de carácter ideológico, pues se

trataba de demostrar que esa ideología era la causante de la ola de violencia que el país había vivido, y por ello debía ser combatida hasta desterrarla de las clases populares y trabajadoras. Esto explica que un sector de la derecha peruana asumiera un papel más duro contra el APRA, lo cual se dejará notar con ocasión de la campaña electoral de 1936 para la que Haya anunció su candidatura en junio de ese año. Un sector¹² de la oligarquía tuvo un discurso totalmente confrontacional con el APRA, pues tenían el temor de que la división de candidaturas supuestamente derechistas beneficiara al partido de Haya de la Torre. Así lo expresaba el semanario *Excelsior* ante la posibilidad de una alianza de los partidos izquierdistas:

El APRA va contra el orden constituido, quiere derrumbar nuestras instituciones tutelares, eliminar nuestros sistemas de partidos tradicionales, barrer nuestra forma tradicional de vida y erigir, sobre las ruinas de esta nacionalidad peruana un estado aprista. Los comunistas quieren hacer lo mismo pero levantar una república soviética que dependa de Moscú, como órgano central y regulador. Las semejanzas son idénticas pero para fines distintos. Los apristas harían su estado para provecho y beneficio de los líderes, los comunistas para avance de la internacional comunista. ("La alianza izquierdista", 1935).

Cabe destacar también en este grupo de discursos que señalaban el peligro de la ideología aprista, la opinión oficial del considerado enemigo principal de este partido, es decir, el Ejército. En su publicación oficial, la *Revista Militar del Perú*, decía lo siguiente:

[...] El Ejército es la condensación más pura y expresiva del alma nacional: el sustentáculo de las instituciones que informan su supervivencia. En él se resumen la tradición, la historia, todo ese conjunto de sentimientos y principios de que emana el concepto de patria. Amenazar a la Patria es entonces amenazar al Ejército. Todas las sectas extranjerizantes son sus enemigos naturales, cualesquiera que sean sus nombres, cualesquiera que sean sus principios. ("La política interna y el Ejército", 1936: 1581)

En este caso, se consideraba que esta *secta extranjerizante* era una enemiga natural de la idea de Patria, por lo que solo cabía una posibilidad: combatirla firmemente hasta eliminarla. Aquí, también, tenemos una visión ideologizada del aprismo, en tanto se le describía como un grupo que no profesaba los valores patrióticos y no tenían como uno de sus objetivos el engrandecimiento nacional. Por el contrario, su fundación en el extranjero, además de su base teórica marxista, lo convertía en un movimiento que obedecía a ideas e intereses foráneos.

Nos resta referirnos al antiaprismo de izquierda, que también tendrá un carácter ideológico; aunque a mediados de la década se verá influenciado por las directivas de la III Internacional que en su VII Congreso, llevado a cabo en 1935, adoptará la estrategia de formar Frentes Populares, estableciendo alianzas con los partidos socialistas y

socialdemócratas. Por ello, a partir de ese momento todas las críticas de los comunistas peruanos contra el aprismo pasarán a un segundo plano, y más bien les tenderán múltiples invitaciones para formar una alianza que enfrente a los movimientos de derecha.¹³

Como habíamos dicho, a partir de 1928, cuando se produce el distanciamiento de Haya y Mariátegui por discrepancias ideológicas, aprismo y comunismo asumieron posiciones políticas divergentes. Como sabemos, el partido que fundó Mariátegui en 1928 se dividió a su muerte y apareció el Partido Comunista Peruano que lideraría Eudocio Ravines. Fue este movimiento el que se convirtió en el mayor adversario izquierdista del aprismo, ya que esta organización acataba totalmente las directivas del *Komintern* (la Internacional Comunista), es decir, el máximo organismo del comunismo mundial.¹⁴ En el VI Congreso de este, realizado en 1928, se definió la táctica de *clase contra clase*, que implicaba un enfrentamiento directo de los sectores proletarios contra los agentes del imperialismo, a través de la formación de soviets (comités locales) que debían impulsar la revolución comunista a fin de lograr la caída del sistema. En este evento, además, se definió que los partidos socialistas y socialdemócratas eran agentes encubiertos de la derecha, por lo que se les dio el apelativo de social-fascistas y se negó cualquier posibilidad de alianza con ellos.

En este contexto ideológico-político, se desarrolló la campaña electoral de 1931 en que el Partido Comunista lanzó la candidatura simbólica del indígena Eduardo Quispe. El año anterior, los comunistas peruanos habían promovido una serie de levantamientos en los campamentos mineros de La Oroya, Morococha y Casapalca, los que fueron duramente reprimidos por el gobierno con consecuencias nefastas para la naciente izquierda peruana. La CGTP fue disuelta, los locales del partido clausurados y los principales dirigentes comenzaron a ser perseguidos; todo lo cual en cierta manera favoreció al novel partido aprista peruano que empezaba su actuación en el escenario político peruano.

Como vimos anteriormente, las diferencias entre estos dos partidos fueron desde el inicio básicamente ideológicas; pero esta situación se agudizó aún más con los cambios mencionados en el ámbito internacional. El Partido Comunista asumió posiciones ultraizquierdistas, con lo cual se incrementaron las directivas contra el partido de Haya, calificado como social-fascista. En un interesante artículo, Héctor Béjar analiza los conflictos entre ambos partidos en la década de 1930 (Béjar, 1980), este autor explica que mientras el APRA tuvo un discurso inicial furibundamente antiimperialista, en el que se hablaba de una transición al socialismo, para 1931 este cambió, y apareció un programa mínimo que aceptaba la llegada de capitales extranjeros, los cuales eran necesarios para la economía,

además de plantearse como objetivo principal el capitalismo de estado. De esta manera, las discrepancias fueron en aumento al coincidir esta moderación aprista con la radicalización de los comunistas peruanos.

Si la oligarquía consideró que el discurso aprista era demasiado radical, la izquierda señaló la ambigüedad del mismo. Teniendo en cuenta la rígida ortodoxia del comunismo a inicios de los años treinta, en el contexto de la crisis del mundo capitalista, es lógico que la ideología y el discurso apristas, llenos de fraseología marxista, fueran duramente combatidos por los que se autotitulaban como los verdaderos seguidores del marxismo. En efecto, el que pudieran coexistir un decidido combate al antiimperialismo y la aceptación del capitalismo extranjero en sus diversas formas, o el tener un fundamento teórico marxista y al mismo tiempo construir un partido policlasista fueron aspectos que los comunistas no llegaron a entender, pues en su rígido esquema ideológico esto era imposible. Como sabemos, el comunismo, por definición, es clasista, por lo que la posibilidad de un partido policlasista, es decir, uno en que clases medias, proletariado y campesinado juntos lideraran la revolución contra el imperialismo, era algo inaceptable pues se mezclarían intereses contrapuestos. Así lo expresaba el dirigente comunista Ricardo Martínez de la Torre, quien publicó en 1931 un artículo en que analiza las contradicciones del aprismo:

Con vistas a la "captura" del poder, procura [...] atraerse las fuerzas vacilantes de la pequeña burguesía, de la aristocracia obrera y del amarillaje. En este momento histórico, frente a Sánchez Cerro [...] el APRA aparece como un partido de izquierda, tratando de apoyarse lo más posible, como el fascismo italiano, en sus orígenes, en las capas obreras que buscan una salida en el nacionalismo y que no han podido todavía ser ganadas por él. Movimiento esencial del oportunismo pequeño burgués y confusionista, ansia conciliar el nacionalismo con el internacionalismo, el antiimperialismo con el imperialismo, la lucha de clases con la colaboración de clases, la democracia burguesa con la dictadura fascista. Se ha visto obligado a utilizar la demagogia, el izquierdismo en los rótulos, el mito mesiánico de la salvación por la justicia social (Martínez de la Torre, 1974 [1931]).

Como consecuencia de estas contradicciones, el partido aprista se vería obligado a realizar una serie de cambios y virajes en su línea política, ya que la heterogeneidad de sus componentes los obligaba a ello. Y, como resultado de esa ambigüedad ideológica, se había producido, según los comunistas, el fracaso de la rebelión de Trujillo de julio de 1932. En ese sentido, para la izquierda peruana la lucha del aprismo contra el gobierno de Sánchez Cerro era meramente episódica y coyuntural, y el más claro ejemplo de ello estaba en los sucesos de Trujillo, en los cuales el fracaso se había debido a la falta de una teoría revolucionaria que sustentará el levantamiento, y en la poca cohesión social de ese grupo. Por ello, en el caso de la izquierda peruana también existirá un antiaprismo ideológico, solo que, en este caso, el objetivo era tratar de desplazar al joven partido del liderazgo en la

lucha contra el civilismo y el imperialismo. De ahí que rechazaran cualquier intento de formar una alianza con el aprismo, como en 1931 el Partido Radical lo propuso y obtuvo como respuesta la negativa de ambas organizaciones. A continuación, esbozaremos unas breves conclusiones sobre este tema de nuestra historia política.

III. Conclusiones

A lo largo de estas páginas hemos tratado de demostrar que a inicios de la década de 1930 surgió el primer antiaprismo con un carácter marcadamente ideológico. Esto quiere decir que el motivo de las discrepancias y conflictos políticos con el partido que fundara Haya de la Torre fue su particular visión de la sociedad y el Estado peruanos y cómo debían estar organizados. Por los motivos y antecedentes ya expuestos, tanto la oligarquía como la naciente izquierda peruana enfrentaron el discurso aprista destacando en el primer caso su radicalidad y en el segundo su ambigüedad. De esta manera, el joven movimiento se verá envuelto en las críticas de estos sectores que verán irónicamente cómo, a pesar de la condición ilegal y la persecución, se convertirá en el partido más importante del país.

Hemos querido dejar en claro el carácter ideológico de esta etapa, ya que en las siguientes décadas, una serie de factores internos y externos harán variar esta situación. Así pues, en los siguientes períodos de la historia del antiaprismo, otros aspectos empezarán a tenerse en cuenta, lo cual hará que se geste un discurso de distintas características del que hemos detallado aquí. En ese sentido, a partir de 1945 se darán dos nuevas características en la evolución del antiaprismo que es necesario resaltar.

En primer lugar, se tomará como un punto principal de referencia la experiencia de cogobierno del APRA con el gobierno de Bustamante y Rivero en el período 1945-1948, etapa que estará marcada por una severa crisis económica y el copamiento por parte del aprismo de diversas instituciones públicas. De esa manera, los críticos derechistas de este partido pudieron contar desde ese momento con un claro ejemplo de cómo la irresponsabilidad y el sectarismo eran características inconfundibles del APRA en el poder. Y años más tarde, el establecimiento de la llamada *convivencia*, entre el aprismo y el gobierno de Manuel Prado y, poco después, la *superconvivencia*, o la alianza parlamentaria, con el partido de Odría le permitieron a la izquierda peruana tener también un claro referente de las alianzas que el APRA podía realizar con el objetivo de llegar al poder, aunque esto significara asociarse con sus antiguos perseguidores.

La segunda característica que marcará la evolución del antiaprismo en las décadas siguientes está muy ligada al punto anterior. Por los hechos mencionados, y según la coyuntura específica, el antiaprismo será mayoritariamente o de derecha o de izquierda. Esto quiere decir que según la coyuntura política en juego, el APRA va a desplazarse a distintas posiciones políticas que le traerán como consecuencia una oposición muy marcada con una tendencia político-ideológica definida. Así, en el período 1945-1948, el antiaprismo será básicamente de derecha, al igual que en el gobierno de Odría; mientras que en el período 1956-1968, cuando el APRA realiza su famoso viraje a la derecha, el antiaprismo fue mayormente de izquierda. Tras el gobierno militar, la década de 1980 traerá nuevamente al escenario político la presencia de un fuerte antiaprismo de derecha, sobre todo hacia el final del primer gobierno de Alan García.

Estas dos características mencionadas no se dieron durante el primer antiaprismo aquí analizado, pues no existieron puntos de referencia sobre la concreción de los postulados apristas: el único hecho político por considerar fue la breve actuación del aprismo en la Asamblea Constituyente de 1931-1932. Y, en relación con la segunda idea, en esta etapa inicial las críticas al partido de Haya de la Torre vendrán, por igual, tanto de derecha como de izquierda, sin la preeminencia de un discurso sobre el otro, tal como lo hemos visto líneas atrás.

Además, el factor externo también desempeñará un papel importante, ya que a inicios de los años treinta el surgimiento de discursos ideológico-políticos radicales fue la nota más resaltante en un contexto de crisis del sistema demoliberal capitalista. En esas condiciones, en las que se creía que los regímenes liberales ya eran obsoletos, un discurso como el aprista, que apelaba a una democracia funcional y a la construcción de un nuevo Estado más representativo de las clases productoras del país, tuvo una mayor vigencia y, por ello, un gran apoyo en la sociedad. De ahí el temor de la clase política peruana que vio en esta organización partidaria, con un nuevo discurso y una intensa actividad, un peligro para la estabilidad de las instituciones tutelares del Estado.

El APRA se presentó, entonces, como una propuesta joven y renovadora de la política peruana, en un contexto de vacío de verdaderos partidos políticos organizados. Los viejos partidos del siglo XIX, como el Civil y el Demócrata, eran partidos de elite, y no tenían las características de los nuevos partidos de masas que la crítica situación de esos años demandaba para estar mejor representados. Quizá ello explique la inmadurez que manifestaron los dirigentes y simpatizantes apristas por querer llegar al poder de diversas maneras, pues proyectaron imágenes negativas tanto en la derecha como en la izquierda:

en el primer caso, la imagen de unos jóvenes seducidos por el marxismo, que no respetaban la trayectoria de las instituciones del país y solo pretendían demolerlo todo, utilizando métodos ilegales y violentos para la construcción de un nuevo Estado donde todos deberían someterse a las directivas de este partido; mientras que, en el segundo, la imagen fue la de unos aprovechadores y manipuladores de la ideología marxista que solo deseaban capturar el poder para su propio beneficio, sin considerar verdaderamente a la clase obrera y campesina.

Los hechos que fueron sucediéndose en estos años, como los atentados y levantamientos en diversas regiones del país además del reforzamiento del carácter sectario del aprismo, lograrán que se concrete y consolide este discurso antiaprista como uno de los de mayor importancia en nuestro país, junto a la propia doctrina de Haya de la Torre. En los siguientes años, por los factores ya mencionados, estos discursos variaron; pero, en líneas generales, siempre fueron los de mayor arraigo en la sociedad por las profundas heridas y efectos que dejaron en la historia política peruana a partir de 1930.

Notas

1. Cfr. Oñate (2000: 251-270).
2. Los datos sobre la vida de Haya de la Torre los hemos recogido del libro de Soto Rivera, 2002.
3. Sobre este punto pueden revisarse Stein, 1982 y Planas, 1986.
4. Originalmente esta entrevista apareció en *Crítica*, núm. 33, 27 de diciembre de 1930. Citamos por la compilación de Villanueva, 1985.
5. En torno a los principios básicos de la doctrina aprista existen muchos libros, aquí solo señalaremos los que revisamos para esta investigación: Haya de la Torre, 1982 [1936]; 1933; Merel, 1936.
6. Sobre la organización aprista en células, véanse Huamán, 1974 y Saco, 1985.
7. El trabajo más completo sobre las elecciones de 1931 es Stein, 1980.

8. Esos temas fueron los principales puntos que se tocaron en los editoriales del diario *La Tribuna* en 1931, fueron reunidos poco después en el libro *Páginas polémicas* de Manuel Seoane (Seoane, 1931).
9. Véase Miró Quesada (1961: 473).
10. Véase Cáceres (1942: 123-125).
11. Véase Villanueva y Thorndike (2004: 47).
12. Ese sector fue el que apoyó la candidatura de Manuel Vicente Villarán, destacaron ahí líderes políticos e intelectuales de tendencia conservadora. El principal medio de expresión de este grupo fue el bisemanario *Las Derechas*, que fue publicado desde 1935.
13. Un buen trabajo sobre la lucha política en la primera mitad de los años treinta, y que hemos revisado para este artículo, es el de Adam Anderle, 1985.
14. Sobre la historia del Partido Comunista Peruano, hemos revisado Prado, 1987.

Fuentes primarias

Diarios

El Comercio (1931,1935)

La Tribuna (1931)

Revistas

Variedades (1931)

Excelsior (1935-1936)

Las Derechas (1935-1936)

Revista Militar del Perú (1936)

Bibliografía

Folletos y libros de la época

Benavides, Óscar R., 1939, Mensaje presentado al Congreso del Perú por el Señor General de División Don Óscar R. Benavides. Presidente Constitucional de la República, Lima, Talls. Gráfs. Carlos Vásquez L.

Cáceres, José Raúl, 1942, El pasmo de una insurgencia. Lima, Editorial Perú.

Cox, Carlos Manuel, 1946, Cartas de Haya de la Torre a los prisioneros apristas. Lima.

Haya de la torre, Víctor Raúl, 1933, Política Aprista. Lima, Cooperativa Atahualpa.

Merel, Juan de Dios, 1936, Principios del Aprismo. Santiago, Ulalm.

Seoane, Manuel, 1931, Páginas polémicas, Lima, La Tribuna.

Bibliografía citada

“22 de agosto de 1931”, 1931, en La Tribuna, agosto 22, Lima, [editorial].

Águila, Rafael del, 2000, Manual de Ciencia Política, 2ª edición, Madrid, Trotta.

“La alianza izquierdista”, 1935, en Excelsior, año I, núm. 14, septiembre 5, Lima.

Anderle, Adam, 1985, Los movimientos políticos en el Perú entre las dos guerras mundiales, La Habana, Casa de las Américas.

“La Antipatria”, 1931, en El Comercio, agosto 19, Lima, [editorial].

Béjar, Héctor, 1980, “APRA-PC 1930-1940. Itinerario de un conflicto”, en Socialismo y Participación, núm. 9, p. 13-40.

“Editorial”, 1935, El Comercio, mayo 18, Lima.

Haya de la Torre, Víctor Raúl, 1982 [1936], El antiimperialismo y el APRA, Lima, Chan-Chan.

_____, 1933, Política Aprista, Lima, Atahualpa.

Huamán, María Josefina, 1974, El Apra de 1930 a 1945: movimiento populista?, tesis de bachiller en Ciencias Sociales con mención en Sociología no publicada, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Martínez de la Torre, Ricardo, 1974 [1931], "Páginas Anti-Apristas", en su Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú, vol. I, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Miró Quesada Laos, Carlos, 1961, Autopsia de los partidos políticos, Lima, Páginas Peruanas.

Nieto Montesinos, Jorge (comp.), 2000, Haya de la Torre o la política como obra civilizatoria, México, D. F., Fondo de Cultura Económica.

Oñate, Pablo, 2000, "Los Partidos Políticos", en Rafael del Águila, 2000, Manual de Ciencia Política, Madrid, Trotta.

"Palabra de orientación y de esperanza", 1931, en Variedades, núm. 1228, septiembre 16, Lima.

Planas, Pedro, 1986, Los orígenes del Apra: el joven Haya, Lima, Okura.

"La política interna y el Ejército", 1936, en Revista Militar del Perú, año XXXIII, núm. 9, septiembre, Lima, p. 1581.

Prado, Jorge del, 1987, Cuatro facetas de la historia del PCP, Lima, Ediciones Unidad.

Saco Miró Quesada, Alfredo, 1985, Tiempos de violencia y rebeldía. Memorias, Lima, Okura.

Soto Rivera, Roy, 2002, Víctor Raúl: el hombre del siglo XX Tomo I: 1895-1945, Lima, Instituto Víctor Raúl Haya de la Torre.

Stein, Steve, 1982, "El APRA, los años de formación", en *Histórica*, vol. 6, núm. 1, p. 87-107.

_____, 1980, *Populism in Peru: the emergence of the masses and the politics of social control*, Madison, The University of Wisconsin Press.

Villanueva, Armando y Guillermo Thorndike, 2004, *La gran persecución: 1932-1956*, Lima.

Villanueva Díaz, Guely, 1985, *Reportajes al Apra: testimonio de 60 años de lucha*, Chiclayo, Acunta.

Usted puede copiar, distribuir, exhibir y comunicar este trabajo bajo las siguientes condiciones:

Reconocimientos:

Al autor: citar, reconocer y dar crédito al autor original.

A la revista *Summa Humanitatis*: citarla bibliográficamente.

No Comercial. No puede utilizar este trabajo para fines comerciales.

No Derivados. No puede alterar, transformar, o añadir nada a este trabajo.